

Ricardo Ríos

una vida y una obra dignas de ser contadas

ARIEL BARRÍA ALVARADO

En el prólogo al libro **Memoria de mis memorias**, del profesor Ricardo Arturo Ríos Torres, señalo lo siguiente:

“Ay de quien, en la cima de su vida, vuelve la vista atrás y solo ve vastedades, yermos abiertos al sol y a las tempestades, sin árboles sembrados, sin muros levantados, sin voces conocidas, sin ojos testimoniales de su paso por la Tierra. Ay de quien, en la cima de su vida, vuelve la vista atrás y solo ve manos iracundas alzadas tras su huella, y el avance inexorable de la sal adueñándose de su cuerpo en fuga. Ay de quien, en la cima de su vida, no se atreve a mirar atrás...”

El escritor es una especie de brujo de la tribu, el loco de la aldea. Brujo, por esos poderes conferidos para crear mundos y personajes, para desnudar almas, para vestir santos y desvestir diablos. Loco porque, si bien son muchos los que quisieran y hasta pudieran ejercer este oficio, solo son unos cuantos los que se atreven a asumir integralmente este oficio, por las supremas responsabilidades que conlleva.

Digámoslo de una vez: uno puede ser escritor, solo escritor, dedicado a su oficio y a

una o dos profesiones que le permitan llevar el pan a la mesa. Eso está bien, al fin y al cabo, escritor significa “el que escribe”, no “el que ara la tierra”, no “el que desface entuertos”, no el que “redime pueblos”.

Pero entre los escritores nunca falta aquel, mezcla de brujo y de loco, que se cree personaje de sus historias y decide cambiar el mundo. Uno los encuentra a cada tanto; son los que quieren ser algo más que escritores, y se echan otras cargas sobre los hombros. Vemos desde los que se sienten señalados por el destino para calificar y descalificar a sus pares, para ponerles etiquetas a los que caminan junto a él; hasta los que se empeñan en que el mundo sea justo, a los que quieren que la pluma acabe con las injusticias, a los que buscan la cuadratura del círculo... Y también hay otros, los verdaderamente peligrosos, los que quieren que el mundo lea y escriba con ellos.

Ricardo Arturo Ríos Torres es brujo, loco y peligroso, doblemente peligroso, porque se le ha ocurrido sembrar círculos de lectura en todo el país. ¿Se imaginan ustedes un país en donde una gran mayoría de los jóvenes leye-

ra? ¿En el que los muchachos crecieran con una conciencia crítica de su medio, obtenida a través de la capacidad inquiridora que dan los libros, los buenos libros?

En primer lugar, tendríamos una juventud menos consumista y más exigente en lo que consume, sea moda, sea arte, sea comidas, sea ropa, sea música. Y eso pondría alto a una serie de industrias que viven de la banalidad, de la chabacanería, de la estulticia. (Pobrecitas tantas grandes industrias que se irían a pique). Luego, y ese es el *súmmum* del asunto, comenzarían a exigir gobiernos sensatos, ecuanímenes, sabios... Eso significaría la extinción de varios sistemas políticos, ¿y qué haríamos con tanto político sin oficio?

En días pasados, en el colegio Oxford School, donde él y un grupo de escritores, con los generosos auspicios de la Fundación Ojitos de Ángel, de Ramón Fonseca Mora, indicamos avenidas de acercamiento a gente de todas las edades que quiere aprender a expresarse literariamente, escuché al profesor Ríos lanzar una campaña en la que pedía que le preguntáramos a los candidatos de la nueva campaña electoral sobre los libros que estaban leyendo, sin que se les aceptara la Biblia como respuesta automática. Eso es subversión pura, profesor, porque usted sabe que así es como comienzan las amenazas contra los sistemas.

¿Se imaginan a los seguidores de esta campaña preguntando tal cosa a unos candidatos cuyas mejores gracias para obtener votos, aparte del salve callejero, de la caminata furibunda, o del beso a los bebés del barrio, se basan en aprender uno que otro regué barato y asperjarles unas palabras gruesas a los otros candidatos, porque saben que esos son los sempiternos anzuelos que suelen morder las mayorías anestesiadas por décadas de adoc-trinamiento contrario al crecimiento cultural?

Profesor Ríos, en nombre del orden esta-

blecido, déjese de esas campañas peligrosas para el buen estado del Estado. Pero como lo conozco y sé bien cuán testarudo es, sé que estas palabras no lo van a convencer (gracias a Dios).

Estamos hablando de un escritor acostumbrado a caminar a contravía. Ahora que leía "**Memoria de mis memorias**", me convencí de esto. El profesor Ríos puede hablarnos de la historia panameña reciente con la propiedad de un protagonista. Él conoció de cerca los tentáculos del ejército extranjero que ocupaba nuestro suelo y ayudó, con otros estudiantes, que luego serían los héroes y los mártires de la soberanía, a pinchar esos tentáculos con la urticaria tricolor de nuestra bandera.

Muchos jóvenes de hoy no lo saben, porque esos son secretos escondidos en los libros de historia, pero varias generaciones de estudiantes estuvieron dispuestas muchas veces a parar con su pecho y con sus versos la bala del ejército de ocupación y la de guardias alejados del correcto camino, con el único fin de dar la cara por la Patria.

A propósito, cito estos versos de 1958, escritos por Marco Pueblo, seudónimo que desde la clandestinidad cubría el nombre de Pedro Rivera, galardonado hace 72 horas con la condecoración Rogelio Sinán por la obra de toda una vida:

**La flor de los muchachos
caídos en la mitad de tanto grito
y sobre el matorral de la masacre,
caídos terriblemente sobre el suelo
cuando apenas sembraban esperanzas.
Tal vez todo sea un sueño solamente,
un sueño donde viene a llorar toda la Patria.**

Hoy, cuando vemos las asonadas de grupos estudiantiles que, con honrosas excepciones, apelan al vandalismo hueco, al pillaje vergonzoso, exhibiendo su incapacidad ante diálo-

gos serenos, es bueno echar mano de libros como este y ver que hubo otros tiempos en que era tan honroso luchar por la Patria, que los chiquillos se iban a meter en la propia boca del lobo, a cara limpia, vestidos con sus mejores galas, envueltos en su bandera, en nuestra bandera, para pedir un país completo y no una tierra partida en pedazos por una presencia impuesta por la boca de los cañones.

asombro y mi respeto por esos valientes llenos de nobleza. Tantas veces me he preguntado, quiénes seríamos hoy sin toda esa sangre derramada, y me duele pensar que sean, precisamente, quienes los negaron una y otra vez, quienes los niegan hasta el sol de hoy, los que reciban a manos llenas las mejores regalías de esas conquistas que ellos hicieron posible.

Memoria de mis memorias es un texto con múltiples valores agregados, que van desde su portada hasta la iconografía alusiva a los hechos que ocurrieron en aquellas jornadas heroicas de mayo de 1958, de enero de 1964 y otras fechas aledañas por su significado.

Yo he sentido una admiración sin dobleces por la generación del 58, incubadora de los mártires de 1964, hijos de la lucha generacional que tuvo inicios cuando aún no se secaba la tinta del tratado Bunau Varilla. En verdad, nunca he comprendido del todo cómo fue posible que tantos de esos muchachos cayeran bajo el fuego extranjero o sometidos por el tajo asesino de la mano armada nacional. Cuánta vocación de martirio en esos héroes niños, cuánta vida para derramarla a los pies de la soberanía, de la dignidad nacional..., cuánta ingenuidad a la hora de empuñar las armas del pensamiento para ir de frente contra las bayonetas caladas del poder.

Una vez escribí el cuento "Aquella huella que en la arena", en mi libro "**En nombre del siglo**". Allí doy un vistazo a esa parte poco conocida de nuestra historia, y expreso mi

Ricardo Arturo Ríos Torres es uno de los testimonios vivos de esa lucha; él estuvo allí, vivió esos instantes históricos junto a otros que lo acompañaron con el mismo desprendimiento y fe. Por eso él puede mirar atrás con hidalguía, por eso hombres como él no se convierten en estatuas de sal cuando miran las huellas de sus pasos.

Todo el libro podría estar dedicado a ese recuento, pero como ya dije, su autor es brujo y loco, tan peligroso como lo era Don Quijote en su momento, e insiste en mantener su proclama de más lecturas para cambiar al hombre, y de más hombres cultos para cambiar al mundo. Y agrega a su texto otros ensayos, sobre el Panamá literario, sobre el discurrir del Chagres por el Istmo y por la historia, sobre Don Amor y La Celestina, sobre sus colegas escritores que intentamos cantar nuestras

Microversiones de la realidad ficcional

Reseña del libro

“*Todo es nuevo bajo el sol*”, de

Enrique Jaramillo Levi,
Editorial Letra Negra.

POR FEDERICO VON BAUMBACH

vivencias y nuestras emociones literarias en páginas preñadas de visiones. Son ensayos que convidan y allanan el camino que ha de acercarnos a los textos clásicos, a la historia, a los textos contemporáneos en este Panamá que tiene otras caras y no solo las del dolor y la vergüenza que casi siempre proyectan los medios de comunicación.

Memoria de mis memorias es un texto con múltiples valores agregados, que van desde su portada hasta la iconografía alusiva a los hechos que ocurrieron en aquellas jornadas heroicas de mayo de 1958, de enero de 1964 y otras fechas aledañas por su significado.

Aquí está contenida una etapa vital de nuestra historia y de nuestro presente, contada por uno de sus protagonistas. Saquemos tiempo de calidad para dedicárselo a su lectura, recorramos junto al autor ese camino esencial, vivamos la historia actual sin dejar de ver lo que ocurrió para hacerla posible, porque los pueblos que menosprecian sus ayer han de retornar una y otra vez a los padecimientos que hirieron de muerte a sus mayores.

Y, como usted, profesor Ríos, hagámonos merecedores de pararnos en la cima de la vida y mirar atrás, con la frente en alto, con una sonrisa en los labios, sin temor a desmoronarnos como se desmorona la sal ante el incesante acoso de los elementos.

Palabras de Ariel Barría Alvarado en la presentación del libro **Memoria de mis Memorias**, del profesor Ricardo Arturo Ríos Torres, en la librería Exedra Books, la noche del lunes 28 de abril de 2008.

Ariel Barría es galardonado varias veces en el Concurso Nacional Ricardo Miró, promotor cultural, catedrático en la Universidad Santa María La Antigua, crítico literario y asesor del Círculo de Lectura Guillermo Andreve.

“La microficción es esa narración breve en la que se potencia al máximo la intensidad expresiva mediante una gran concisión del lenguaje para conseguir una estructura narrativa clara, concisa y contundente, que es al mismo tiempo espacio literario abierto, lúdico, en el que poder utilizar la ironía, el misterio, el juego intelectual, literario y lingüístico”, asegura Julia Otxoa. Y es en este juego literario e intelectual en el que se embarca el prolífico escritor panameño Enrique Jaramillo Levi a través de su libro de microcuentos **Todo es nuevo bajo el sol** (Editorial Letra Negra, 2007).

Levi recorre con agudeza y precisión un abanico de temas disímiles en su abordaje narrativo, alternando la crueldad y la sensibilidad a partir de una prosa que trabaja con frases cortas de inicio y oraciones un poco más largas después, otorgándole a los cuarenta microrrelatos que componen este volumen, un ritmo dinámico pero que no pierde en ningún momento de vista la profundidad temática de lo que se quiere contar. “Texto germinal”, microcuento que abre el libro, bucea en el per-